

LA EDUCACIÓN EN EL MERCADO LIBRE*

SYDNEY D'AGVILO

«En todas las áreas donde hay mezcla de nacionalidades, la escuela es un premio político de suprema importancia. No se la puede privar de su carácter político en tanto sea una institución pública y obligatoria. De hecho, sólo hay *una* solución: el estado, el gobierno, las leyes no deben intervenir de ninguna manera en la instrucción o educación. Los fondos públicos no deben ser utilizados para esos propósitos. La educación de la juventud debe ser dejada enteramente a los padres y a las asociaciones e instituciones privadas.»

LUDWIG VON MISES

The Free and Prosperous Commonwealth

«Por “instituciones educativas” no entiendo necesariamente “las escuelas”, y por cierto de ninguna manera los mataderos de la sensibilidad que toman ese nombre hoy día. La meta de la educación debería alcanzar “la mayor lucidez, pureza y sencillez”. Tal cosa es más probable que pueda lograrse en el taller y el campo de juegos que en la academia y la escuela de humanidades: en el contexto del trabajo, en el contexto del juego, del trabajo-juego.»

HERBERT READ

Anarquía y orden

La educación es la tercera pata del lecho de Procusto sobre el que el estado organizado ejerce su control sobre la sociedad. En el mercado libre no puede haber educación pública, cuyos efectos negativos sobre la salud mental son tan desastrosos y perniciosos que se necesitaría todo un libro para describirlos resumidamente, cosa que ya ha realizado brillantemente Victoria Ancap en *El origen de la mente: El estado, su historia y evolución desde un punto de vista psicológico*.

* Publicado en *La Teoría Interválica en Economía: El mercado libre. Tratado de Economía Interválica*, Vol. 3: *La Sociedad Libre*, Capítulo 66, Ed. Intervalic Press, 2019.

Como siempre, el mercado estatizado significa reducir y limitar la producción para que el consumidor no pueda elegir lo que *él* quiere entre un amplio abanico de posibilidades, sino lo que el *coaccionador* quiere que consuman los ciudadanos, quieran o no, les guste o no, estén de acuerdo o no. El coaccionador, que seguramente es la figura más repulsiva de la escuela neoclásica, y cuya existencia misma bastaría para descalificar de raíz esta escuela, es un ser soberbio y arrogante que se cree con derecho a imponer su criterio sobre los demás por la fuerza, y además que le paguen por hacerlo. Es la versión moderna de los inquisidores del Santo Oficio de la Inquisición, que eran igualmente unos seres soberbios y arrogantes que se creían con derecho a imponer su criterio sobre los demás por la fuerza. En el seno corrupto del estado, esta incalificable tarea es llevada a cabo por determinados individuos sin escrúpulos morales, ejecutores a sueldo del estado, comúnmente denominados *ingenieros sociales*, que pueden ser políticos, burócratas, tecnócratas o incluso profesionales «independientes» de la misma cuerda ideológica contratados a tal efecto por el gobierno de turno para intentar maquillar con una capa de pintura lo que no es sino una intolerable manipulación ideológica ejercida contra la ciudadanía.

En el mercado libre los centros educativos diseñan libremente sus planes de estudio, sin restricciones de ningún tipo, y son los alumnos —o sus padres, si todavía son pequeños— quienes deciden qué plan de estudios prefieren y desean cursar. En lugar de tener que seguir obligatoriamente el politizado currículo estatal, que lo único que persigue es la homogeneización y la formación de contribuyentes sumisos que sostengan el estado con su trabajo tutelado por los sindicatos, los alumnos podrán elegir entre diversos currícula que se adaptarán mejor a sus preferencias, y cuya finalidad no sería la formación de ganado *borderline* ideologizado, sino de hombres libres creativos y competentes en determinados campos del conocimiento por ellos mismos elegidos.

Los liberales y los conservadores —que son, ambos, socialistas sin saberlo— suelen objetar que podría haber centros dirigidos por personas estafalarias que ofrecieran asignaturas absurdas o que dejaran de impartir asignaturas esenciales —esenciales según su criterio, que indudablemente diferirá del de otros, que quizá no las

considerarán tan esenciales—. En cualquiera de los dos casos serán los alumnos o sus padres quienes decidan qué es lo que prefieren estudiar. Si estos clientes consideran que, efectivamente, el centro ofrece asignaturas absurdas o no imparte asignaturas esenciales, lo que ocurrirá es que se quedará sin alumnos y tendrá que cerrar sus puertas. Esta es la maravillosa *autorregulación natural del mercado*, que es la única manera de asignar eficientemente los recursos y de satisfacer en el mayor grado posible, y al mejor precio, los deseos de los consumidores, puesto que las empresas que no lo hagan están condenadas a la quiebra. ¿Tan difícil es esto de entender como para que un economista neoclásico sea incapaz de asimilarlo? Parece ser que sí, que no se puede comprender que $2 + 2$ son 4 si uno no quiere entenderlo o si su ideología se lo impide. Obviamente, en este caso nos estamos saliendo del campo de la ciencia para entrar en unos terrenos acientíficos y contralógicos que ni buscan la verdad ni poseen afán de conocimiento, sino que persiguen unos fines inconfesables, tales como el control y dominación de la especie humana y otros de no menor satisfacción sádica para sus psicóticos e inmorales promotores que no respetan la propiedad privada ni los deseos y preferencias de las personas.

El dinamismo que el mercado libre de enseñanza imprimiría en el conocimiento es inimaginable con los estándares actuales. En un mercado intervenido los currícula de los centros no pueden incorporar nuevos sistemas pedagógicos en los niveles iniciales ni nuevas teorías científicas que desafíen el paradigma tradicional o estatista en los niveles intermedios y superiores. El resultado es un anquilosamiento del saber, una fosilización de los departamentos de los centros educativos y una disminución general del nivel de conocimiento en la sociedad. Esta alienación de la educación con respecto a la invención, a la creatividad y a la investigación en las artes y en las ciencias ocasiona un daño económico que es difícil de conmensurar, pero que a buen seguro está sofocando y retrasando notablemente la evolución científica, artística y cultural de la humanidad.

En ausencia de colegios, institutos, universidades y demás reformatorios públicos, la creatividad empresarial generaría una auténtica eclosión de oferta académica, como sucede siempre que no se coarta la iniciativa y la imaginación empresarial residente en

el ADN de todo ser humano, por más que el estado clorofórmico haya intentado anestesiarla y erradicarla desde la más tierna infancia. El efecto económico que conllevaría este cambio es inmenso, ya que estamos hablando de dejar de formar borregos que, en el mejor de los casos, tendrán que aprender por su cuenta y riesgo lo que realmente les interesa después de haber acabado sus estudios de grado o de posgrado; en el caso intermedio, de personas que no han acabado de recibir la formación necesaria para trabajar en una empresa, aprendizaje cuyo coste tendrán que asumir las empresas retrasando el proceso productivo y encareciendo el precio de sus productos (y todavía más si hay normas sindicales de salario mínimo que impiden la existencia de becarios y la contratación de personal no cualificado que tendría que formarse dentro de la empresa, de suerte que el valor de la productividad marginal descontada de su trabajo para la empresa puede ser mínimo o incluso negativo); y en el peor de los casos de personas incompetentes para el trabajo productivo o sin escrúpulos morales, que no les importa recibir del estado organizado un sueldo proveniente de dinero sucio, manchado, dinero robado a los ciudadanos productivos bajo coacción fiscal, y que acabarán trabajando como burócratas o esbirros al servicio de un mafiaestado.

El coste de la educación privada es muy inferior al de la pública, como sucede con cualquier otro servicio, solo que en el caso de la educación parece que la brecha es aún mayor que en otro tipo de productos o servicios. Y en el caso particular de España, que siempre es mejor soslayar por razones de cordura, la comparación alcanza cotas surrealistas. Según Roberto Centeno:

La Administración española es hoy la más costosa en términos de PIB y la de menor productividad de toda Europa.

Los salarios públicos, al contrario que en el mundo desarrollado, donde son inferiores a los privados, en España son casi el doble. En concreto, el salario medio en el sector público en 2012 era nada menos que de 40.150 euros. En el caso de la enseñanza este desastre adquiere tintes absolutamente dramáticos. En la enseñanza primaria y secundaria, según la OCDE, «los profesores españoles son los que menos horas trabajan, los que más cobran y los que peores resultados obtienen». Esto condena a aquellos jóvenes sin

medios económicos a una enseñanza de tercera clase. Y en la Universidad es peor aún, desde que el trío infame Maravall, Solana y Rubalcaba eliminó las oposiciones como medio de seleccionar al profesorado y lo sustituyeron por el nepotismo y el carnet de izquierdas. El 85% de los profesores universitarios no está capacitado para enseñar las materias a su cargo y los rectores ya no son los mejores, sino los izquierdistas y más radicales. La consecuencia obvia: el nivel de paro entre los graduados en universidades públicas es un 50% mayor que en las privadas.

Y como guinda del pastel están los salarios públicos, que al contrario que el mundo desarrollado, donde son inferiores a los privados, en España son casi el doble. En concreto, el salario medio en el sector público en 2012 era nada menos que de 40.150 euros, frente a sólo 24.071 en el sector privado. Cuando el 60% de los trabajadores ocupados gana mil euros o menos, cuando desde que se inició la crisis la población en riesgo de pobreza o exclusión social ha subido en 5 puntos porcentuales hasta el 28,2% —diez veces más que la media de la UE—, esto es sencillamente un expolio inaceptable. (Roberto Centeno, «El Disparate Económico: Salario público medio: 40.150 euros; privado: 24.071», en el diario digital *El Confidencial*, 18.11.2013).

Esto significa que el salario público medio en España es un 67% superior al salario privado medio. Además, el porcentaje de empleo público sobre empleo privado en el Reino Unido es del 7.69%, mientras que en España es del 20.83%, con unos «servicios públicos» parecidos, se deduce que en España se necesitan tres funcionarios para desarrollar el mismo trabajo que en el Reino Unido hace uno solo. De todo lo cual se sigue que el coste de un servicio público en España es, como mínimo, *cinco veces* mayor que ese mismo servicio privado —el cual posee además mayor calidad y mejor atención al cliente en todos los sentidos—. A esto habría que añadir el coste del mantenimiento de las sedes y edificios públicos, así como los gastos generales, que no están incluidos en estas partidas, y los cientos de miles de empleos indirectos en empresas privadas que prestan servicios a los políticos (como los chóferes de los 30.000 coches oficiales que hay en España, etc. etc.), pero que en realidad hay que contabilizar como gasto público, y no como gasto privado, como se hace en las estadísticas, en las que se omiten deliberadamente para

ocultar el coste real de todo el entramado público, que es mucho mayor del que se reconoce. Si tenemos en cuenta lo anterior, el coste de un servicio estatal no es que quintuplique el coste del mismo servicio privado, sino que probablemente hasta lo multiplique por 10 si se pudieran auditar las enrevesadas y semiocultas cuentas del mafiáestado de forma fiable.

Por consiguiente, al ciudadano privado le sale mucho más rentable no ser saqueado a impuestos —con lo cual dispondría de un poder adquisitivo mensual que, como mínimo, triplicaría al actual—, y pagar la educación privada o cualquier otro servicio de su bolsillo, y dejar de ser engañado de una vez por las mentiras insostenibles del estado del bienestar, que en realidad es un insoportable estado del malestar.

Hace décadas que se viene proponiendo el llamado *cheque escolar* como modelo de gestión sustitutivo del sistema educativo. Pero su introducción, aunque probablemente supondría un adelanto con respecto a la penosa situación actual, no sería la solución a largo plazo, porque los políticos tienen una manera muy sencilla de desactivar el cheque escolar sin suprimirlo: obligar a los centros a que sigan el plan de estudios público elaborado por los ingenieros sociales —por supuesto para «proteger» a los alumnos de los muy diversos planes de estudios privados— como requisito para que se puedan acoger al sistema del cheque escolar. Además, el coste real de la plaza educativa en la enseñanza pública jamás se va a reconocer, porque si así se hiciera los colegios, institutos y universidades públicas se quedarían sin un solo alumno el primer año en que se implantara el cheque escolar, ya que su coste es desorbitado y la calidad de su enseñanza deja mucho que desear (salvo raras excepciones de personas individuales, que en un mercado libre de enseñanza serían contratadas por los centros privados inmediatamente), por lo que su relación calidad-precio es ínfima y no puede competir en modo alguno con la enseñanza privada. Con un cheque escolar funcionando para sufragar los costes falseados de los centros públicos, la situación sería equivalente a si se subvencionara la educación pública, sólo que se haría de extranjería, lo que sería incluso peor a la situación actual de subvención abierta. Por consiguiente, el cheque escolar sólo funcionaría si no se oculta el coste real de la educación pública y si no se imponen condiciones

curriculares por vía administrativa para condicionar los planes de estudios de los centros. Sólo si se verifica lo anterior, el cheque escolar sería una herramienta fiable para realizar la transición hacia un mercado libre de enseñanza. Los colegios públicos que no sean capaces de ofrecer una relación calidad-precio aceptable estarían abocados a la quiebra, lo que supondrá un respiro para la economía, y no como sucede en el mercado estatizado, donde pueden ser lo ruinosos que quieran externalizando alegremente sus costes desproporcionados y su mala gestión sobre los ciudadanos productivos, que son los únicos pagadores obligados que con sus impuestos sostienen el pesado e ineficiente cotarro estatal:

The quality and efficiency of public schools have dropped every year for many decades, and yet they are not permitted to go out of business. The same is true for all government «services», which survive only because they aren't subject to market judgment. (Llewellyn H. Rockwell, Jr., *The Left, The Right & The State*, 66).

Dado que no es difícil adivinar que la inmensa mayoría de los centros públicos no va a subsistir en un mercado libre, otra solución más rápida para desembarazarse del cansino lastre de la enseñanza pública sería saltarse el paso del cheque escolar y desestatizar directamente todos los centros públicos, liquidando o subastando sus activos materiales en el mercado libre, proceso que cuando lo realizan los políticos acaba beneficiando a su camarilla política, que adquiere unos activos a precio de ganga, constituyéndose corruptamente, gracias a los privilegios otorgados el gobierno de turno, otra empresa estatista más, y contraviniendo los principios más elementales del mercado libre, de la ética y del capitalismo. Por tanto, la liquidación de los activos materiales de los centros públicos debe correr a cargo de profesionales independientes que garanticen la limpieza del proceso. Asimismo, la desestatización sólo sería posible en un mercado laboral libre, donde reinan las relaciones voluntarias y no existe el intervencionismo de una legislación laboral reaccionaria impuesta por los sindicatos, o a lo sumo, donde existan unas condiciones laborales que, al menos, se acerquen algo a las relaciones voluntarias o a las relaciones comerciales. De otro modo, es posible que nadie quisiera hacerse cargo del muerto que

supondría lidiar con una plantilla de profesores y funcionarios colectivistas fuertemente ideologizados, rabiosos y emberrenchinados por tener que ponerse a trabajar por primera vez en su vida rindiendo como sus colegas homónimos del mercado libre, que trabajan varios días a la semana ¡o incluso todos los días!, sin disfrutar de puentes, acueductos y días moscosos, y sin ausentarse del trabajo diariamente para «desayunar» durante dos horas o las que haga falta.

La educación incidental y el *homeschooling*

En la sociedad libre la educación, salvo para los niveles superiores, no se desarrollaría necesariamente en centros educativos especializados, como sucede en una sociedad estatizada que lo que busca no es educar a personas sino adiestrar y domesticar ganado humano para beneficio de un estado o mafia institucionalizada. Así, la enseñanza en casa o *homeschooling* es una de las prácticas más extendidas en aquellos países donde el gobierno benefactor no la ha prohibido. Hasta hace poco más de un siglo, la enseñanza en casa era la forma principal de educación de la infancia y la juventud. Las coercitivas factorías estatales de adoctrinamiento de niños y adolescentes son un invento reciente del régimen democrático, que necesita desesperadamente lavar el cerebro a los futuros contribuyentes desde su más tierna infancia con una vomitiva apología del sistema estatista-esclavista y sus consabidas loas a su forma moderna: la democracia.

El *homeschooling* podría verse no como un método exclusivo e incompatible con otras formas de educación, sino como una faceta más de la *educación incidental*, que seguramente sería la forma de educación predominante en la sociedad libre, y que en todo caso podría coexistir con cualesquiera otros métodos de enseñanza ofertados por la creatividad del mercado y elegidos voluntariamente por los padres y alumnos. La llamada *educación incidental* es la mejor, o la única, propuesta libertaria salida de las mentes de Paul Goodman, otro patético anarco-socialista de salón, vitoreado en su día por la vivificante prensa contracultural independiente —económicamente analfabeta pero socialmente casi liberal y, por

desgracia, rápidamente extinta—, a quien por una vez y sin que sirva de precedente cedemos gustosamente la palabra:

Mi pensamiento particular sobre la «Reforma» es, por el contrario, como sigue:

- 1) La educación incidental, incrustada en las actividades corrientes de la sociedad, tiene que reinstaurarse como medio principal de enseñanza y aprendizaje.
- 2) La mayoría de los centros de enseñanza media deben ser disueltos y sustituidas sus funciones de sociabilidad por otros tipos de comunidades juveniles.
- 3) La formación universitaria debería, por lo general, seguir, y no preceder, al ingreso en la vida profesional.
- 4) La principal ocupación de los educadores debe procurar que las actividades de la sociedad sean, en tanto que tales, difusoras de educación, no medios de explotación y opresión. Si fuera necesario, habremos de inventar nuevas actividades útiles que ofrezcan oportunidades educacionales.
- 5) La finalidad de la pedagogía elemental, hasta los doce años, debería consistir en demorar la socialización y proteger el desarrollo libre de las criaturas, dado que familia y comunidad las apremian demasiado, y no ayudan lo suficiente. (Paul Goodman, *La nueva reforma: un nuevo manifiesto anarquista*).

En suma, la *educación incidental* supone integrar el proceso de aprendizaje en las actividades de la sociedad, en lugar de apartarlo y enclaustrarlo como hace la coercitiva enseñanza estatal, que obliga a hacer una defeción en masa de los niños y adolescentes, a quienes margina y excluye de la vida social, proceso que no puede ser más innatural, por más que a fuer de tener que verlo y padecerlo todos los días hayamos llegado a considerarlo como algo socialmente normal y no patológico. Es de notar que el adiestramiento estatal, al igual que todos los «servicios públicos», subsiste exclusivamente porque es obligatorio y porque el estado inquisitorial prohíbe, *de iure* o *de facto*, ejercer determinadas profesiones si la persona no está en posesión de un papelucho al que llaman «título oficial» expedido o validado por alguna mafia estatal o estatista «autorizada». Semejante invasión y secuestro del pensamiento y

de las facultades por parte del estado doctrinario es uno de los espectáculos más bochornosos y dantescos de la infernal *dictadura de las ideas* instaurada por el Gran Hermano sin que la mayor parte de la gente sea siquiera consciente de tamaña agresión a la libertad y al mundo del conocimiento, a las artes y a las ciencias.